

premio de cuentos villa de colmenar viejo

- **raquel macias covarsi**
- **m^a de los angeles sanz
vicario**
- **j. esparragosa rguez.**
- **isabel borrego almansa**



1.984

FM-3602

IMPRESIONES DE UN VIAJE
MORIR PARA VOLVER A AMAR
TEORIA VITAL DE UN SOÑADOR
LA PUERTA

CUENTOS

**PREMIO
VILLA DE
COLMENAR VIEJO**

1984



R/85.308

Excmo. Ayuntamiento de Colmenar Viejo (Madrid)

Ayuntamiento de Madrid

5005 - 47

IMPRESIONES DE UN VIAJE
MORIR PARA VOLVER A AMAR
TEORIA VITAL DE UN SONADOR
LA PUERTA

CUENTOS



PREMIO
VILLA DE
COLMENAR VIEJO

1984

R/82.308

Estos cuentos obtuvieron los distintos premios del IV Concurso de Cuentos «Villa de Colmenar Viejo», 1984, concedido por el siguiente jurado: D.^a Azucena Lagufa Allúe y D. Félix Asenjo Sanz.

IMPRESIONES DE UN VIAJE

AUTORA: RAQUEL MACÍAS COVARSI
1.º PREMIO, CATEGORÍA «A»

INDICE

	<u>Página</u>
• IMPRESIONES DE UN VIAJE	5
• MORIR PARA VOLVER A AMAR	11
• TEORIA VITAL DE UN SOÑADOR	21
• LA PUERTA.....	35

INDICE

• LA PUERTA	1
• TEORIA VITAL DE UN SONADOR	2
• MORIR PARA VOLVER A AMAR	3
• IMPRESIONES DE UN VIAJE	4

IMPRESIONES DE UN VIAJE

IMPRESIONES DE UN VIAJE

AUTORA: RAQUEL MACIAS COVARSI
1.º PREMIO, CATEGORIA «A»

IMPRESIONES DE UN VIAJE

AUTORA: RAQUEL MACÍAS COVARSI
1.º PREMIO, CATEGORÍA «A»

IMPRESIONES DE UN VIAJE

Salté de la cama con mal genio contenido a las siete de la mañana. Era aún de noche y las estrellas brillaban en el firmamento. Papá estaba de mal humor y decía que las vacaciones para quien las quisiera. Yo le pedí que por haber pasado curso y cumplir los ocho años me comprara una bicicleta. Mamá que si papá está loco, que el viaje es muy largo y que qué se nos ha perdido en Suiza. Papá que es la ilusión de su vida y que quiere volver a los lugares donde pasó su juventud...

Papá cargado de maletas y sudando a mares suelta una maldición. El andén era una confusión de gente corriendo y gritando. Los altavoces soltaban su voz estridente... Tren Sevilla-Barcelona, situado en la vía tres, dentro de breves segundos va a iniciar su partida. Mamá que si papá está loco y si le ha comprado a las niñas los supositorios para el mareo. Papá que si ya verás cuando veas el lago Lemán si te gusta o no...

Un vagabundo dormita en un banco. Raquel que si ha visto un hombre muerto. Papá que no digas tonterías, niña... El vagabundo se despereza, y Natalia, la pequeñaja, que si es el hombre del saco. Los altavoces no dejan de gritar... Talgo Sevilla-Madrid, situado en la vía dos, quedan cinco minutos para partir...

Una señora con cara de foca, que qué niña más mona. Que si dame un beso, riquina... Natalia que llora y que no quiere darle un beso a la señora con cara de foca... Mamá que si papá está loco, que le da miedo ir al extranjero y que ya verás después cuando vengan las letras... Yo no sé qué quiere decir con eso de las letras, como si tuvieran pies y manos y salieran de los libros... Papá que si esta mujer no tiene espíritu y que quiere que las niñas vean la ciudad donde estuvo trabajando. Mamá que por qué no te quedarías en Suiza, que las niñas la vuelven loca y que por qué se habrá casado. Raquel que no me da el cuento si tú no me prestas la muñeca y el afilalápices. ¿Para qué querrá mi hermana el afilalápices en el tren...? Papá que si estas niñas no tienen educación y están todo el

día peleando. Natalia que le hace burlas a un señor que está en el andén y se rasca la calva. ¡Uuuf!....

Mamá que por qué no viajamos en segunda, que no somos millonarios. Papá que si el viaje es muy largo y las niñas tienen que ir cómodas. ¿A qué le llamará papá ir cómodas? Mamá que ya verás cuando vengan las letras y que nada más que piensas en viajar... ¿Qué querrá decir mamá otra vez con esto de las letras?... Por mí que los mayores están todos locos... Papá que el viajar es cultura y que así las niñas aprenden geografía. Mamá que a ver cuándo me compras el tresillo y las cortinas y me alistas la cocina. A veces pienso que mamá tiene más cariño a la cocina que a papá, porque siempre le está hablando a las amigas de ella y de papá nunca habla... Papá que todo se hará cuando se pueda, y que Dios aprieta, pero no ahoga...

El tren resopla como un monstruo gigante. Sus aladas manos giran como aspas de molino, iniciando su andar cansino. ¿Tendrá el tren un alma como nosotros? ¿Sentirá el cansancio y la fatiga? ¿Se emocionará ante la belleza del paisaje? Papá dice que Suiza es toda de algodón y cristal. Que tiene enormes lagos y montañas llenas de nieve. Que los campos son verdes y las ciudades limpias como una patena... ¿Qué querrá decir como una patena...? Papá dice también que en los bosques suizos viven los genios y las hadas, y hasta la sombra de Guillermo Tell puede verse al atardecer...

Me he quedado dormida y cuando despierto veo el mar... ¿Tendrá alma el mar? Me acuerdo del abuelo Jonás que era marino y había visitado los mares de la China y el Japón. ¿Mamá, dónde está el abuelo? Mamá me dice que me calle y le deje leer el Semana... La boda de Lolita, un escándalo, leo en la portada. ¿Qué es un escándalo, mamá? Mamá dice que me calle. Papá lee Interviú, donde salen mujeres desnudas. El abuelo Jonás las llamaba guarronas... ¿Será mi padre también un guarrón por ver a las mujeres desnudas...?

El tren lanza un silbido y Natalia que estaba dormida se despierta. A mí me hubiera gustado que el abuelo Jonás viviera con nosotros... Mamá dice que el abuelo se ha marchado en un barco de oro hacia las estrellas. Natalia llora y dice que cuándo llegamos a casa. Papá cuenta que cuando estaba en Ginebra ganaba mucho dinero y que ahora no saca ni para pipas. ¿Qué querrá decir papá con estas cosas? Mamá dice que como la tierra de uno no hay nada, y que dónde va a encontrar la luz y la alegría de Andalucía. Papá dice que con eso no se come y que él, ya, en Suiza, sería encargado de taller...

Raquel pregunta que por qué la tita Rosa no ha venido con nosotros. La tita Rosa está soltera, y cuando voy a Badajoz siempre me lleva a la

piscina. Me dice que si chata para acá que si chata para allá, y yo no sé por qué me llama chata. El abuelo Jonás me llamaba telebombón y me decía que me parecía a la Mari Cruz Soriano, la de la tele. Un buen día, mi padre le dijo a mi madre que si la tita Rosi había probado el turrón... ¡Yo no sé por qué mi padre pregunta esas tonterías...! ¿Qué importancia tiene que la tita Rosi coma turrón o no...?

Mamá dice que si era mejor que nos hubiéramos ido a la Costa del Sol y que como Puerto Banús no hay nada... Papá dice que ella es una ignorante, que Suiza es la nación más culta del mundo y que de los suizos tendríamos que aprender muchas cosas... En mi colegio, en el Santo Angel, hay una niña que se llama Almudena, que dice que su padre es muy culto y que escribe libros. Mamá dice que la madre de Almudena es una cursi y que su padre sólo ha escrito en la revista del casino. Papá cuenta que los trenes franceses son los más rápidos del mundo, y Raquel pregunta que por qué hay letreros en los puentes que dicen NO A LA ESPAGNE. Mamá dice que los franchutes son muy suyos y nos queman los camiones, y que por qué nos habremos movido de España. La tía Rosi tuvo un novio que era francés y dice que no se casó porque era comunista y la quería llevar a París. Mamá dice que me esté quieta, y que la chata es la más revoltosa de las tres. No sé por qué mamá me dice a mí la chata. Papá habla en francés con un señor con bigote. La Suisse est jolïe. No sé por qué papá dice jolïe, si él nunca en casa había dicho esas palabrotas...

Miro el agua del lago Lemán, que está serena. Mamá dice que dónde están los cisnes, que tanto hablarle de cisnes y ella no ve ninguno. Después escribe postales diciendo a todo el mundo que esto es una maravilla... Papá que ya te lo decía yo, y que vamos a comer en el restaurante El Calamar. Raquel pregunta que por qué se eleva el agua del lago, y papá contesta que es el símbolo de Ginebra... ¿Qué querrá decir símbolo? Mamá dice que ya que estamos en Suiza podríamos ir a Venecia, que está cerca, y papá que ya verá hasta dónde nos llega el presupuesto...

El tren bordea el San Gotardo y atraviesa un túnel que parece no tener final. Natalia pregunta si va a salir la bruja con la escoba, igual que en los trenes de la feria, y papá dice que aquí en Suiza no hay brujas...

¿Hay agua por debajo de este túnel? Papá dice que en esta cordillera nacen los ríos Rhin y Ródano, y que Suiza es un paraíso... Mamá que por qué no vamos a Venecia, que ella quiere montarse en una góndola...

Mamá dice que después de ver Venecia ya se puede morir. Papá que quiere ver la Mostra de Cine y a monstruos como Fellini, Bertolucci y Bergman. ¿Por qué querrá ver papá estos monstruos? Mamá que le compre un juego de té de cristal de Murano... Papá dice a mamá que si

ya no se acuerda de las letras, y que después, cuando lleguemos a casa, quiere que le compre el tresillo, las cortinas y que le alicata la cocina... ¿Por qué repetirá papá tanto eso de las letras y la crisis económica que nos embarga...?

Natalia se asusta en la góndola y dice a mamá que cuándo llegamos a casa... Papá dice que el presupuesto no nos da para ir a Roma y que debemos regresar...

La mañana es una explosión de luz. Los canales parecen pintados de plata y la plaza de San Marcos semeja un inmenso galeote anclado en el Adriático. ¡Cuánto me hubiera gustado que el abuelo Jonás estuviera aquí conmigo...!

El tren se aleja y Venecia parece incendiada en oro... Algún día, cuando sea mayor, volveré a esta ciudad de ensueño y vestiré trajes de gala como las actrices de la Mostra. Algún día, yo, Esther, seré la reina de Venecia...

MORIR PARA VOLVER A AMAR

MORIR PARA VOLVER A AMAR

AUTORA: MARIA DE LOS ANGELES SANZ VICARIO
ACCESIT CATEGORIA «A»

Ve no se acuerda de las horas, y que después cuando llegamos a casa,
cuando se acaba el día y cuando se acaba el día...
Por que repentinamente tanto amor de las horas y la vida...
...
...

La mañana es una explosión de luz. Los colores por los caminos de
plata y la plaza de San Marcos siempre un momento...
...
...

La mañana es una explosión de luz. Los colores por los caminos de
plata y la plaza de San Marcos siempre un momento...
...
...

La mañana es una explosión de luz. Los colores por los caminos de
plata y la plaza de San Marcos siempre un momento...
...
...

MORIR PARA VOLVER A AMAR

AUTORA: MARIA DE LOS ANGELES SANZ VICARIO
ACCESIT CATEGORIA «A»

MORIR PARA VOLVER A AMAR

Era un día de otoño; el sol brillaba en lo alto, a pesar de que eran las seis de la tarde; estaba nublado, y las nubes cubrían todo el cielo. Hacía frío, y se veía a la gente con largos y pesados abrigos, con enormes bufandas, e incluso algunos llevaban gruesos guantes, ya de invierno.

El acababa de salir del Instituto. Caminaba despacio pensando en el trabajo del día siguiente. Hoy había cambiado de camino para ir a casa; le aburría ir siempre por el mismo sitio y con la misma gente.

De repente, las pequeñas gotitas de lluvia empezaron a chocarse contra el suelo, como cristallitos que rebotan en el suelo y luego sin remedio se expanden, desaparecen.

Aceleró el paso, y al pasar por una cafetería decidió entrar en ella, pues no le apetecía nada llegar a su casa y ponerse a estudiar cerrándose en la habitación.

Estaba casi vacía; sólo unas luces tenues iluminaban el local, pues prácticamente se acababa de abrir. El dueño esperaba la hora de la merienda, en que se llenaría gran parte de la cafetería con la gente que normalmente pasaba allí las tardes.

Se acercó a la barra y pidió que le sirvieran alguna cosa. Se dirigió hacia una pequeña mesa que había en un rincón, desde el cual podía ver todo el local.

Se quitó su cazadora vaquera y la dejó recostada en la silla. Hizo una señal al camarero para que le sirviera en la mesa, y éste, al rato, le servía.

Se sentó en la mesa y sacó de su carpeta unos apuntes y comenzó a leerlos. Poco después empezó a entrar gente. La lluvia caía cada vez más fuerte y con más intensidad; como consecuencia, un cuarto de hora más tarde la cafetería estaba llena.

El estaba sentado al lado de la ventana y de vez en cuando levantaba la cabeza de sus apuntes para tomar un poco de café de la taza. Momen-

to que aprovechaba para mirar el ambiente que había; pero también veía cómo el agua de lluvia corría por los cristales coloreados, que asemejaban un mosaico. Le divertía ver cómo las diminutas gotitas se perseguían, corriendo por los cristales hacia abajo, fundiéndose al final.

Por la ventana también podía oír las múltiples y confusas voces de la gente, que intentaban pasar el rato, de la mejor manera, mientras que aminoraba la fuerza de la lluvia.

El calor que desprendía la estufa situada muy próxima a él, y que se extendía llegando a todos los rincones de la cafetería, le recordaba la acogedora cabaña donde vivían sus abuelos y con los que pasaba las Navidades.

Era una cabaña pequeña, situada entre montañas siempre nevadas, y desde la cual podía divisar por la ventana de su habitación los tardíos amaneceres del invierno. Y cuando el sol salía por el horizonte, los rayos entraban en su habitación, inundando todo de luz.

El crudo invierno estaba cerca, y pronto podría volver a ver los helados glaciares del norte que descendían de las altas montañas; el viejo abeto, que por estas fechas se llenaba de luces y colores, y bajar al lago, en el valle, donde patinar era algo corriente.

Era realmente maravilloso aquel lugar, y esperaba con impaciencia la llegada de las Navidades.

Entonces, una dulce voz le despertó de su sueño, levantó la cabeza lentamente y vio una figura que le decía:

—Perdón, ¿puedo sentarme en este otro sitio? —dijo una joven señalando al otro asiento que había enfrente del muchacho.

—¿Cómo dices? No te he entendido bien —dijo el joven.

—Decía que si podía sentarme en este sitio, porque no hay otro sitio en todo el bar.

—Bueno, siéntate.

Sus miradas se fueron cruzando, y poco a poco fueron entablando una conversación.

—Yo me llamo Antonio, aunque siempre me han llamado Toni. ¿Y tú?

—Me llamo Nora, Nora Torres. Veo que eres estudiante. ¿No es cierto? A mí también me gustaba estudiar, pero tuve que dejarlo hace dos años.

—Es cierto, estudio el bachillerato superior; es bastante aburrido; creo que tú te lo puedes imaginar. Pero aún no me has dicho qué edad tienes.

—Tengo diecisiete... —dijo Nora.

Y siguieron hablando durante largo rato, hasta que Antonio decidió llamar a su casa, pues llegaría más tarde que de costumbre. Y momentos después volvían a hablar como grandes amigos.

Allí, sentados en la mesa ellos hablaban, reían, se miraban... El veía su reflejo en los profundos y brillantes ojos azules de Nora, el dorado cabello que le caía por los hombros como múltiples ríos en que se reflejaba el Sol.

Pero las horas fueron pasando, y sin darse cuenta anochecía. Ya era muy tarde y decidieron irse a casa. El se dirigió a la barra de la cafetería y pagó las consumiciones de los dos, se dio la vuelta y la vio a ella, de pie, alta y esbelta, con un vaporoso y extraño vestido azul. Fue hacia ella y salieron juntos de la cafetería y él se prestó a acompañarla a su casa.

Lloviznaba, Antonio colocó su cazadora sobre los hombros de Nora y se dirigieron a su casa. Caminaban juntos calle abajo, despacio, en silencio. Había nacido entre ellos una extraña comunicación, y Antonio sabía muy pocas cosas de Nora, su nombre, sus apellidos, dónde vivía, y poco más.

Pronto llegaron al portal donde vivía ella, se cruzaron las últimas palabras, se despidieron y él la vio partir de su lado, hacia el ascensor, entró y desapareció. Se quedó un momento mirando la puerta, pensando, luego siguió calle abajo, y giró en la segunda callejuela, de manera que enseguida llegó a su casa.

Pero en el umbral de la puerta se dio cuenta que se había olvidado la cazadora. Volvió sobre sus pasos, pero no había caminado mucho cuando pensó que sería mejor volver al día siguiente a por ella, pues de paso podría volver a ver a Nora.

Regresó de nuevo a su casa, subió por una escalera mal iluminada, llamó y al poco rato la puerta fue abierta por una mujer, su madre, de cuyos labios, nada más cerrar la puerta, salió una pregunta:

—¿Dónde has estado hasta estas horas?

Antonio extrañamente contestó:

— ¡En el cielo!

Y se metió en su cuarto, cerrando la puerta tras de sí. Su madre iba a hablar de nuevo pero pensó que sería mejor intentarlo por la mañana.

Mientras tanto, Antonio en su habitación, tumbado en la cama boca arriba, mirando la lámpara pensaba en los sucesos de aquella tarde, poco después se quedó profundamente dormido.

Al día siguiente, después de salir del instituto, fue directamente a casa de Nora.

Entró en el portal y subió por el mismo ascensor que había utilizado Nora la noche anterior. Al llegar a la puerta del piso llamó y esperó. Al poco rato fue abierta y tras ella una mujer enlutada preguntaba:

—¿Qué desea?

El joven enseguida preguntó por Nora:

—¿Está en casa Nora?

—¡Oh! pero, ¿todavía no lo sabes?

—¿Qué tengo que saber? —preguntó Antonio extranado.

—Veo que no. Tú serás un antiguo amigo de ella. ¿No es cierto? Pero no te quedes ahí, pasa y siéntate.

Antonio no entendía nada. Entró en el salón seguido por la mujer. Se sentaron en unos sillones que había al fondo del cuarto, delante de una mesita, donde había un jarrón con flores, ya casi marchitas, y sin que la mujer pudiera hablar él dijo:

—Ayer conocí a Nora en una pequeña cafetería, le dejé mi cazadora, pero se me olvidó pedírsela y he vuelto a recogerla. Si no está ella me gustaría que me la diese usted.

El semblante de aquella mujer se oscureció y al hablar de nuevo lo hacía con un tono frío y severo:

—¡Está usted de broma... o qué? Sepa usted que no me gustan esta clase de bromas?

—Pero, ¿qué dice? No la entiendo.

Y ya con una sonrisa en los labios ella dijo:

Le han gastado una broma, porque... Bueno, espere, ¿cómo era la joven que conoció ayer?

—Era alta, de rubios cabellos y ojos azules, delicada como una figurita de porcelana y de tez tan suave como un soplo de brisa. Ayer llevaba un vestido azul...

De repente al oír estas palabras los ojos de la mujer expresaban algo más que miedo, era terror.

—¡No, no puede ser! pero es ella. No porque... porque ¡Nora murió hace dos años!

Y las lágrimas brotaron de sus ojos y empezaron a deslizarse por las mejillas.

Antonio no lo podía creer, pero María, que así se llamaba la tía de

Nora, le dejó unos recortes de periódico en el que había una fotografía y un artículo sobre su desafortunado accidente.

Desde aquel día pasaba un rato todos los días después de salir del instituto con María, la mujer que había cuidado de Nora desde que era pequeña. Ella le contaba cosas de Nora, y así, poco a poco, él se fue enamorando de una joven que no existía.

Un sábado de primavera, cuando el campo estaba en flor, los pájaros habían venido hace tiempo y un clima cálido inundaba la ciudad, ellos pensaron en visitar el lugar donde Nora estaba enterrada. Un taxi les llevó hasta la puerta del cementerio y ellos siguieron andando hasta su tumba. Pero no faltaba mucho cuando sobre la cruz que se alzaba de la losa de mármol, vieron algo que no era precisamente una corona de flores. Antonio corrió hacia allí, no podía dar crédito a lo que estaba viendo, la cazadora que dejó a Nora el día que se conocieron estaba allí, sobre la cruz. Al momento llegó María, le mostró la cazadora y ambos perplejos miraban aquella prenda, rota, desgastada y descolorida, quién sabe por qué.

Cogió la prenda y se la llevó, pero aquel día no podían hablar, ni sabían qué hacer o qué decir. Las preguntas se les agolpaban en la mente pero no obtenían respuesta alguna.

Salieron en silencio, se despidieron y quedaron en verse de nuevo otro día. Antonio no quiso volver a su casa, eran demasiados los sucesos que le habían ocurrido y necesitaba pensar.

Pasó por un parque y entró, pensó que la soledad y la tranquilidad de aquel lugar le aclararían las ideas. Caminó por los lugares más solitarios, aspirando el aroma de los pinos y pensando pasaron las horas. Se sentó en un banco de madera que estaba situado entre árboles, desde donde muy poco podía ver, más que no fueran árboles y verde, pero podía oír el canto de los pájaros que volaban de rama en rama. Allí sentado se preguntaba si sería él el primero en visitar aquel lugar tan solitario.

Llevaba la cazadora en la mano y sin saber por qué metió la mano en uno de sus bolsillos, sacó lo que allí había, un pañuelo, un papel que bien pudiera haber sido un billete de metro y una carta. De nuevo se preguntaba si estaría soñando o era real, una carta dirigida a él, pero detrás del sobre estaba escrito el nombre de Nora. Abrió la carta con un cierto temor a lo que allí pudiera estar escrito. Vio que la carta estaba escrita con pluma y con un papel ya no usado. Y comenzó a leer la carta...

«Hola Toñi:

Sé que te debo una explicación porque me supongo que mi tía te habrá dicho que yo había muerto en un accidente hace ahora dos años: es cierto. No sé cuándo leerás esta carta pero sé que lo harás, por eso te

voy a contar una historia que nos ocurrió a los dos, aunque tú no lo recuerdes.

Allá por 1327, cuando los últimos señores feudales gobernaban la Tierra, las jóvenes no podían decidir cuándo y con quién habían de casarse, y esa fue nuestra desdicha.

Nacimos y crecimos juntos y cuando fuimos jóvenes el amor nació entre nosotros. A pesar de todo mi padre vio en mí una forma de alianza, así que concertó una boda con un hombre mucho mayor que yo, y al que aborrecía. Huimos juntos del castillo pero no tardaron en cogernos. A ti te metieron en un calabozo para que nunca más pudieramos vernos, a mí me confinaron en mi alcoba. Gracias a una amiga podíamos mandarnos alguna nota.

Acordamos ir a ver a una mujer de muy mala reputación, pero que nos podía dar la solución a nuestros problemas, ya que según decían tenía poderes extraordinarios. Con ayuda de unos amigos conseguí que fuera al castillo. Logré convencerla para que nos ayudara, no sin antes darle una fuerte suma de dinero y firmar un papel en el que no la pasaría nada en el caso de que algo saliera mal.

Nos dijo que no había más solución que nuestras vidas se trasladaran a otro tiempo, a otra época, pero yo sólo te podría volver a ver en espíritu y tú no recordarías nada de todo esto, por lo que nuestro amor tendría que nacer de nuevo. Y así se hizo.

Nos reunió a los dos por medio de un raro aparato, nos trasladó a esta época.

He tratado de encontrarte y lo he conseguido, creo que nuestro amor está aún vivo, pero hace falta que tú quieras reunirme conmigo. Si aceptas abandonarás este mundo y vendrás conmigo hasta la eternidad. Sé que esta historia es increíble pero te digo que es cierta hasta la última palabra.

Te doy de plazo hasta el día 15 de mayo a las doce de la noche, si estás este día en el parque que está enfrente de la Catedral, sabré que has aceptado, si no fueras me despedido hasta siempre...».

Otra vez no lo podía creer pero ya todo aceptaba, hasta que se dio cuenta que era el día señalado y que estaba dentro del parque convenido y muy cerca del lugar donde estaría ella esperando dentro de muy poco tiempo. Se levantó y salió corriendo asustado, pero no pasó mucho tiempo cuando se encaminaba al lugar en el que ella esperaría dentro de muy poco.

Era una noche tranquila, el reflejo de la luna plateaba las copas de los

árboles, no se oía más que el susurro del viento al rozar suavemente las hojas, y estaba solo, se sentó a esperar.

Las campanadas de la Catedral daban ya las doce, fuertes y sonoras que inundaban todo el lugar, casi en el momento apareció ella, como una princesa salida de un cuento, hablaron y se fueron...

Por la mañana, todos los medios de comunicación anunciaban una noticia acaecida en el parque de la Catedral.

«Joven muerto en extrañas circunstancias, la policía intenta descifrar el misterio...».

Mientras tanto, dos jóvenes, unidos de la mano, caminaban hacia el infinito.

TEORÍA VITAL DE UN SONADOR

AUTOR: JOSÉ ESPARRAGOSA RODRÍGUEZ
1.º PREMIO IX AQUELLO CATEGORÍA «B»

...no se dio cuenta de la importancia del asunto...
...y estaba solo se sentó a esperar...
...las campanas de la Catedral...
...que miraban todo el lugar...
...una princesa...
...Para la mañana...
...hora...
...Algunos minutos...
...El momento...
...Mientras tanto...
...inteligencia...

...y una...
...nada...
...fuerza...
...que...

...nada...
...que...

...es a...

...que...

...que...

...que...

...

TEORIA VITAL DE UN



TEORIA VITAL DE UN SOÑADOR

AUTOR: JOSE ESPARRAGOSA RODRIGUEZ
1.º PREMIO (EX AEQUO) CATEGORIA «B»



TEORIA VITAL DE UN SOÑADOR

AUTOR: JOSE ESPARRAGOSA RODRIGUEZ
1.º PREMIO (EX Aequo) CATEGORIA 454

TEORIA VITAL DE UN SOÑADOR

«No sé nada de espíritus; yo vivo en mis Sueños. Las demás personas también viven en sueños, pero no en los suyos; ésa es la diferencia.»

H. H.

Eran las 11,30 horas de la noche del que será célebre día 21-M.

El Aula de Conferencias estaba completamente vacía. Sus únicos inquilinos, inertes, aletargados en el tiempo, pero vivos, perennes, en estado siempre de expectación, están colgados en relucientes marcos de sus amplias paredes. Unos con barba, espesa y canosa, que dejaban mucho que opinar sobre la interrogante de sus rostros y el refinado intelecto que los encabezaba; otros con un abismo inquietante en sus miradas, y todos los demás que se hallan en serie, cual en una galería formada por los más prestigiosos personajes de la ciencia médica, contenían en sus respectivas fisonomías una algo digno de admiración y respeto y que, además, hacían pensar sobre la relación existente entre la dualidad pasado-presente históricos y este simpar recinto.

Producía cierta extrañeza ver ahora el gran vacío latente que invade a este lugar. Lugar donde constantemente se discuten y fomentan innúmeras trascendencias relativas a dicho campo.

El punto de partida de toda empresa o cometido que aquí se lleva a cabo coincide siempre con la vida humana, que fue, es y será esencia y fundamento en los anales de la medicina. Una algarabía mesurada de gente diestra en el campo llenaba a todas horas el recinto. Controversia, discrepancia, puntos de vista, discersión, análisis incluso minimizados componían los coloquios y conferencias de todos los días. El lema o slogan que encabeza a los grandes genios, cuya existencia en los suntuosos marcos recordaba una gran historia, una gran aportación y un

gran nombre áureo, dice en letra diestra y visible: «VIDA o MUERTE, depende de NOSOTROS y este sagrado AULA».

Había grandes ventanales que daban al exterior, cuya proximidad estaba formada por grandes jardines cuidadosamente plantados y alimentados a diario por el viejo jardinero, todo lo cual por su especial afinidad al relax de las mentes cansadas procedentes del Aula en una contemplación de exquisito éxtasis. Factor éste muy importante para el llamado por ellos «inspiración científica».

Un gran reloj clásico se hallaba justo encima del umbral de la puerta de entrada del Aula; daban ya las 11,55 horas. Estaba, pues, próxima la sorprendente cita del círculo de prestigiosos doctores con el desafortunado David, y era éste, increíblemente, quien dio pie a dicha cita o entrevista.

* * *

¿Qué tendría el joven David que alegar para hacer reunir a todos en la medianoche «más un minuto»? ¿Qué...?

A las 12 h ya estaba David en la Sala de Conferencias. Para llegar allí no tuvo más que decir su nombre y destino a Seguridad Interior y a algunos oficiales que protegían la misma, para que ipso facto comprendieran de quién se trataba y el supuesto por qué del estar ahí. No tuvo más inconveniente para su entrada libre al mismo.

Instantáneamente, algo ocurrió al joven al cruzar completamente el umbral de la puerta principal, algo cuando se vio ya dentro invadiéndole una gran soledad ante la arrogancia de los inmuebles y de aquellos extraños hombres que, desde sus cuadros, inertes, le miraban y decían sobre su presencia allí, algo que siempre le apenó: desilusión...

Por un momento pensó sobre la poca importancia que suponía él y su circunstancia, en tanto en cuanto su decisión y proposición. Pero David, hombre nuevo, no va a caer nuevamente en moral baja, ni habrá venido en vano. Haría lo que se había propuesto desde un principio, aunque no concuerde ni tenga objeto.

Situándose en una punta lateral de la larga mesa de coloquio y sirviéndose un vaso de agua de una jarra que a tal fin estaba encima de la mesa, comenzó a especular sobre su inesperado soliloquio. De pie, empezó a darle rienda suelta a sus más asomados pensamientos.

Habla David:

«Señores: ante todo, quiero darles las gracias por su presencia aquí —nadie había. Era obvio que a las palabras del joven les faltaba un hueco de seres humanos, oyentes, por rellenar, pero David bien actuaba como si creyera que en cada uno de aquellos formidables asientos de terciopelo rojo, vacíos, inútiles, se hallaba un intelectual, un doctor, un ser humano—. La vez pasada, cuando yo era simplemente un espectador y un oyente, de boca del portavoz Sr. Mateos salieron una palabras que decían sobre qué pensamientos recorrían mi mente, qué extrañezas, qué emociones. Bien, les diré ahora, que nada grave ocurría por mi psique, por supuesto que tampoco me alegré por lo críticos informes que estaban saliendo a la luz. La verdad es que, y es lo extraño, no tuve reacción alguna o, por lo menos, una reacción histérica o emocional, ya me comprenden. Me dispuse solamente a captar dichos informes hasta llegar a tocar el diagnóstico, para después apreciar la manera o la delicadeza con que trataban el hecho, mi hecho, pues que todo giraba en torno a mí. Lo cierto es que daban más tilde a la ciencia, al progreso de ésta valiéndose del momento crítico que al problema en sí: la vida de una persona, mi vida.

«Hace unos minutos me vine con la idea de ser yo el portavoz y el que inicie, desarrolle y finalice la charla que les quiero dar; si bien era tan sólo una propuesta, ahora me es inevitable decir que es una realidad, ¿o no?, ¿dónde están, entonces, para decirme que sí o que no, lo que es y lo que no es, lo que está bien y lo que no está bien? Quería, con claras muestras de convicción, exponerles una peculiar e íntima teoría de la vida: mi teoría de la vida, la teoría sobre mi vida. Quería también pedirles opinión e impresión sobre la misma, pero parece ser que no tendré muchos impedimentos, siquiera sanitarios, que contrarresten mi especial visión sobre mi porvenir. Entonces, y a raíz de lo dicho, sean ustedes espectadores y oyentes cual lo era yo hace dos días y... por favor, muy calladitos, ¿vale?

La voz cálida de David se oía dos o tres aulas más allá, pues resonaba doblemente debido a lo espacioso y un tanto vacuo de la estancia. Por casualidad se hallaba la mecanógrafa oficinista en el local contiguo al nuestro, y oyendo cómo una voz dirigente y, a su vez, maestra salía del Aula principal, no pudo resistir la curiosidad de ver quién era ese que, a esas altas horas de la noche, se hallaba con voz acompasada y queda, sin la sonoridad y stress con los que ella estaba acostumbrada a oír. Gloria, así se llamaba la mecanógrafa, cumplía servicio de interior esa noche. De sobra tenía acabada la tarea propuesta, pero no mostrando prisa por irse por no tener ninguna perspectiva para dar con su persona molde a la noche, se propuso también adelantar trabajos y escritos de días posteriores. En el transcurso de esta voluntariosa empresa suya, fue

cuando oyó la voz del joven. Ciertamente es que le cayó de sorpresa, pues no había llegado a su conocimiento —y estaba de servicio— ningún aviso sobre nada parecido. Así que, sin medir sus intenciones, a hurtadillas, se encaminó al lugar de donde procedía la succulenta voz en medio de la noche. Entreabrió la puerta del Aula de Conferencias donde David se hallaba solo a ojos de Gloria, y que estaba proyectado ya a los grandes hombres que completaban los grandes decorados de sus paredes. Logró entrar Gloria desapercibidamente y luego se sentó en una silla que se hallaba en un rincón de la estancia. Nada tenía de qué cuidarse ya —pensó ella—. Estaba sola, y aquel joven, extraño y apetecible a la vez, estaba igualmente solo desde su puesto en la negra mesa de mármol.

«Les quiero hablar, si me lo permiten, de la Aventura de la Vida. Ante todo, quisiera dar pie a lo que se entiende por vida. Desde luego, es muy bajo decir de ella que es «una jornada que va del nacer al morir», propiamente barroco. Es, ante todo, una experiencia, una gran experiencia no impedida. Pero cada uno de los hombres la toman por diferentes senderos, bajo un ideal y con una determinada manera de pensar y actuar. Es una experiencia, pues, vivida en la forma más apropiada —más que apropiada, quisiera emplear el concepto tesonera.

«En esencia y a mi juicio, creo que éste ha de ser principalmente el motivo de la vida. Esto muy bien nos lo dice unas veces nuestro inconsciente cuando, de forma inesperada, nuestra gran masa de carne unida a nuestra mente se paran en el tiempo y en el espacio, identificándonos con algo bello y grandioso y, por ello, abstracto; puede tratarse de una flor formada y fornida en primavera con sus relucientes colores despiertos al sol; de una sonrisa ingenua, pero auténtica, de una brisa de aire de mar, del mismísimo horizonte de éste, de una paloma blanca y serena que alza sus alas a un fructífero vuelo... Nos lo dice también en pequeños y minúsculos momentos, pero grandes, gloriosos, eternos y llenos de inspiración, nuestra personal intimidad cuando contacta sólo y exclusivamente con nuestro yo, que se halla por lo común en el alma. Quien tiene alma y lo muestra, tiene inmanente a su yo, auténtico y tesonero. De lo contrario, aún salvándose unos pocos casos, el yo del ser tan sólo se limita a ser el yo —por lo común torcido y dictatorial— de los demás, un yo, por tanto objeto de las mentes ajenas, que no de las voidades.

«...»

«Si me propusiera hacer estadísticas sobre si lleva la gente vida auténtica o no —hecho que no podría, que tampoco me interesa— y fuera ésta sincera, de seguro que no son —sus vidas— como ellos quisieran que sean. Por lo común dirían algo más o menos así: «Estamos

incómodos», «algo nos falta», «quizá con un poco de libertad...», pero la libertad no baja del cielo y nos hace libres, sino que hay que luchar, está de moda sangrar, lamentar, llorar para conseguirla, y si con todo esto se consigue, como alma de dos filos, hay que mantenerla en equilibrio y saberla usar. Otros dirían: «Intentamos encontrar la felicidad en los nuestros y con lo que tenemos; nos es suficiente para vivir», dando así un matiz de posesión a la vida y no un sentido, lo que se puede correlacionar con el falso aforismo de «vivir para estar, que no estar para vivir», y otros finalmente: «Sobrevivimos».

«¿Qué ocurre, pues? Que si todos tuviéramos la facultad del tesón — concepto que pronuncio mucho por ser uno de los más áureos conocidos —, todos viviríamos más a gusto con aquello de lo cual nos identificamos, con eso que nos llena y enorgullece y nos hace feliz, y que, a la larga, va a constituir nuestra vida.

«Y después de esto es de prever otro mayor inconveniente: los grandes, los «Tasaneros» creadores de la moda y en suma de la alienación en los demás, esos que cogen las riendas con la inteligencia de un zorro simpático pero hambriento, manejan las palabras a flor de mente y gritan e imperan como balidos de ovejillas, éstos dirán, cómo no, de nuestro tesón que es una anarquía y nada más.

«Sentiríamos, eso sí, el cambio, pues habría de todos modos que pensar en otra política de seres humanos para una igual comunidad en su contextura, pero no igual en su vivencia. Huir de la inconsciencia y vernos a nosotros mismos en el papel que desempeñamos en esta otra sociedad sería entonces el principal objetivo. Valdría la pena intentarlo. Como dijo no hace mucho una casual compañía, esto muy bien se podría ver como a químera o algo así. Pero, repito una y mil veces, que la vida es muy seria como para no querer darnos cuenta de las muchas realidades que llevamos a nuestras espaldas y de la única también a la que tenemos que mirar frente a frente: la realidad del corazón. Quien lleve vida auténtica llevará consigo a un ser auténtico, consciente e inconscientemente.

«...»

David, mientras hablaba, inició una pequeña gira por el Aula, intentando así dar libertad a sus posturas en armonía con lo que decía. En una contemplación profunda e interrogativa a las grandes celebridades que iba encontrándose a su paso, proseguía el hilo de su monólogo hasta confundirse con algo así como un diálogo a solas.

«Señores de la mesa: aquí se halla nuestro amigo Freud, preguntémosle qué tal se encuentra: Hola, Sigmund Freud, ¿qué tal te hallas en ese pequeño ventanal, desde tu retiro, glorioso, desde tu afán consigui-

Ayuntamiento de Madrid

do? ¿Fue tu vida, oh Freud, un azar, una casualidad? ¿Y fue tu obra y tu pensamiento una consciencia? ¿Quizás un placer? ¿O bien tuviste tus raíces de la mano de algo o de alguien, sin tu genial y fundamental consentimiento? No lo creo. Por eso y no por otra cosa, en verdad te admiramos. Te planteaste un cometido y luchaste por llegar a él, libre y conscientemente —Freud le sonreía tras su canosa barba desde su dorado ventanal—. Y lo mismo que tú, amigo Freud, todos tus compañeros que se hallan aquí, seguro que mueven la cabeza afirmativamente.

«Pues a todo lo dicho —se dirigía ya a los imaginarios señores de la mesa rectangular—, para mí la vida se ha convertido ya en aventura potencial y como tal habrá que emprenderse como corresponde a un aventurero.

«No es que tenga yo muchos años como para merecer tal ocio o vacación, según la ideología de la moda. Pero la circunstancia, la especial circunstancia que me invade y que casi me determina, hace de mi razón de ser una urgencia y nada más. Después de mucho meditar, llorar y añorar he resuelto emprender lo que, desde que tengo uso de razón, han anhelado mi espíritu y mi yoidad: la aventura de la vida. Y me inclino a asegurar que todos vosotros, en algún momento de vuestra atareada vida, trabajasteis o siquiera imaginasteis o pensasteis lo que ahora yo me propongo. No sé si es oportuno o no, si está o no está bien, si lo que hago es huir o renacer, pero sí sé que, bajo el peso que me oprime y reduce, considero mi diagnóstico como un pronóstico más bien, y, así, le doy a todo esto el valor de una excusa para escapar del peso de la muerte que aflige, huir de la carga programada, y lo que pase después poco importa ya, si bien tengo bastantes expectativas.

«...»

Gloria se hallaba todavía allí. Había escogido ya posturas cómodas para su mejor expectación. Ella se nos mostraba morena, con el cabello largo que brillaba a la tenue luz de las lámparas y le llegaba poco más abajo de sus delicados hombros. Su peculiar belleza se connotaba aún más cuando sonreía a la sencilla y singular manera de hablar por parte del joven. Sus ojos de color negro azulado se dilataban cuando aquél hablaba no pocas veces de sentimientos, espíritu, alma, corazón, yoidad y todas estas cualidades que flotan a la realidad..., y ella, como ser humano joven, también es consciente de ello; sólo necesitaba encender sus intimidades con la chispa producida de la mano de un soñador. Y ahora está ocurriendo.

«¿Sabéis, amigos, por qué os he citado a esta hora de la noche, un minuto después de la medianoche? Muy sencillo. —Se dirigió a dos

Ayuntamiento de Madrid

grandes ventanales que se hallaban cerrados, y sobre la charla las abrió con cierta prisa y casi sin esperarse. Tras los ventanales había dibujado un gran paisaje: toda la naturaleza se hallaba allí. Apagó Gloria las luces como aportando su granito de voluntad a esta que va siendo ya paz-ambiente. Desde la otra punta de la estancia se veía una bella nocturnidad: las estrellas del cielo formaban conmovedoras figuras geométricas, muchas, muchísimas estrellas; la luna llena se hallaba en el corazón de la conformación estelar. Ahora la luz tenue de la estancia es la luz nocturna que nos hace ver lo que quiere ver el alma. La brisa nocturna, abrazada a las delicadas fragancias del jardín que rodeaba el edificio, había entrado ya a la cámara nocturna de David y Gloria, dando una sensación diferente en el estar y en el sentir. El cabello de la muchacha revoloteaba en respuesta a la brisa hasta desfigurar levemente su bien maravillado rostro. Las partes del vestido rojo que llevaba no ajustados al asiento, luchaban por volar junto al vientecillo suave que se había hermanado a ellos. Fue todo una perspectiva que David había disfrutado en unos instantes, favorecida por la tenue luz de la luz llena que parecía enfocar directamente a la fémina sin nombre—. Quiero que os reflejéis a través de la nocturnidad —continuaba él—, en lo más profundo y bello de nuestra existencia: la naturaleza. ¡Mirad qué bello se ve todo! ¡Mirad qué bello es todo! ¡Quién no ha sentido alguna vez en su vida la tentación de alcanzar una estrella! ¿Para qué? Pues... para guardarla en el baúl de los recuerdos: para ponerla, con aire de presunción, en el ojal de vuestras chaquetas cada vez que tengáis que ir a una velada nocturna; para ofrecérselo, como signo de vuestro amor, a la enamorada que espera con lágrimas en el corazón; para sentir, siquiera, felicidad a su tenencia...

«Pues igual a esta sensación, que embriaga y place hasta creerlo realidad, es mi sensación para con la vida. Quizá no alcance la estrella, que está esperando allá en el infinito del Cosmos, pero me es suficiente querer alcanzarla y tener mis pupilas rebozadas de gozo por tal expectativa. Asimismo, quisiera hallar en los años que me cuelgan de un hilo frágil, algún que otro trozo de felicidad no casual, sino emprendida. —Volviendo su rostro a Gloria, añadió: —Gracias, compañera. Gracias por ayudarme a hacerles ver al Sr. Mateos y a los demás lo que produce y ayuda la nocturnidad en un momento tan especial como éste.

El nombre del Sr. Mateos, dentro éste de la evidente ausencia en el Aula, dio un pequeño vuelco en el corazón de Gloria, al ver ésta que él no se hallaba dentro del círculo y que era desfraude para David. Y es por ello que la mecanógrafa oficinista lo sintió. El Dr. Mateos es su hermano. No se atrevía a creer que Mateos dejase plantado a un enfermo, que lo hiciera especialmente con David, su caso «humanitario» del que tanto

hablaría en casa hasta llegar incluso a preocuparle en lo más profundo de su ser. No se lo explicaba por más vueltas que le diera a su cabeza.

«Quiero, señores, dar, de alguna manera, las evidentes razones de mi cambio, llamémoslo así. Con esto intento justificar mi fuga y mi respeto hacia ustedes y la ciencia, que es en suma lo que, absurdamente por lo visto, me trajo aquí.

* * *

«Cinco puntos resume y toca totalmente mi ideal sobre la Aventura de la Vida, aliñado, por supuesto, con un toque subjetivo e individual. Cinco puntos que son por orden de importancia:

Contingencia - Riesgo - Conocimiento - Revolución - Felicidad

Primer punto: CONTINGENCIA.

Este concepto nos va a decir, como Vds. bien saben en su definición más sencilla, que es un acaecimiento posible, esto es, una posibilidad, en este caso remota.

«Si nos ponemos optimistas, bien cabe esperar que esta posibilidad sea positiva. Para ello creo que debe estar a expensas de Vds. y de vuestros tratamientos, en tanto que la vida se me va yendo de las manos en una también posible casualidad de que se trate de una contingencia vana o negativa. Entonces es obvio que pierdo yo, también algo de vuestra ciencia pierde algo, pero considero que es mucho más trascendental mi vida y mi oportunidad de revivirla en unos escasos años, valiéndome de la excusa de dicha contingencia, que el estar esperando «contingentemente» a que me curen. Y no olviden que, en esencia, soy libre y también soñador. Estoy seguro de que os haréis a la idea de mi punto de vista al respecto.

Tal contingencia implica un RIESGO; segundo punto. —Bebió del vaso de agua, mientras miraba con una velada sonrisa a la sonrisa grata de Gloria.

«Es el riesgo de quedarme o ponerme de parte de Vds. y también de vuestros constantes tratamientos, hecho que inquieta a más no poder a cualquier enfermo crónico, o, en cambio, al riesgo de marcharme por los inciertos senderos del espacio, guiado por un afán de búsqueda de mi identidad perdida, porque acaso cuando la encuentre tenga en mi pecho la felicidad anhelada. Y ya no importa cuánto tiempo se la tiene, sino que simplemente se tiene. Riesgo, pues, de quedarme o irme. Pero, se-

Ayuntamiento de Madrid

ñores..., señorita —por fin confirmó en su charla el acto de presencia de Gloria—, ¿cuál de los dos caminos a seguir es más sensato? Todo dependerá del grado de CONOCIMIENTO que se tenga: tercer punto.

«Dicen las mentes sanas que la experiencia es el punto del saber, y, por lo tanto, del conocimiento. Yo, particularmente, no es que tenga muchas experiencias que digamos; los años venideros no me han dado oportunidad para ello. Pero sí las suficientes, creo, para tener un especial y particular conocimiento de la vida. Digamos un principio base para todo cometido vital que se quiera emprender. Veo la muerte y la vida al mismo tiempo; me hago a la idea de estas dos inexorables realidades, y, en su momento, distingo con creces una de la otra. Sé cuál es el amor auténtico y cuál el enmascarado, al cual sobra, por lo demás, toneladas de interés; o, siquiera, me arrimo a una idea muy aproximada del hecho amoroso... y el amor une almas, y al hacerlo, une también vidas, que es su único fundamento. Sé también que no lo hago sólo por mí; lo hago por muchas personas que quisieron intentarlo o que lo tenían en mente y no pudieron porque quizá les faltaba el aliciente de un peso tan trascendental como el mío, como el que me habéis echado a la consciencia, aunque bienintencionadamente.

«El estudio, la soledad creativa, las pequeñas pero idóneas experiencias me han fomentado a tal conocimiento.

«Por supuesto, no va a abarcar todo esto una forma de actuar y de moverse cual lo hago aquí, no; tal acarrea una ideología no prefijada ni acaso bien vista, pero que en cualquier momento puede tener entrada abierta a muchos corazones que yacen esperando este estilo de vida que yo quisiera emprender; hacer todo lo que no he hecho aquí y ser todo lo que no he sido; despertar, si fuera posible, a algunas mentes que se mueven inteligente o brutalmente, pero somnolientos. Fueron mis impulsos y mis sentimientos sinceros, agradables, pero resultaban extemporáneos, fuera de toda corriente o moda, y, como es lógico, pasaban al subconsciente a través de la represión. Aunque difícil se ve todo lo que digo, he de anular subconsciente y represión y vivir lo atrasado.

«Esta manera, pues, de actuar y de pensar implica cierta REVOLUCION, concepto éste muy diferente al estricto enciclopédico, amoldándolo a mi particular forma de entenderlo. Este es ya el cuarto punto referido a mi Aventura de la Vida.

«Revolución implica rebeldía; rebelarse cuantas veces sea necesario. Rebelarse hacia algo, a causa de algo. Mi afable rebeldía va hacia todo aquello que muestra ser no espontáneo ni sincero ni siquiera grato al espíritu poético y saltarán que llevo dentro de mí. Sabrán de mí y no de mi identidad social por allá donde pase, y seré asimismo:

Un trovador que canta y mensajea
amores, principios, anhelos de paz;
y que al cantar y mensajear, desde
lo más profundo de mi corazón llore
incontroladamente.

Un mendigo que pide mendrugos de pan,
calor humano, fraternidad, siéndoles
a los generosos recompensados con tan sólo
una mirada mía lágrima de gratitud,
un abrazo espontáneo o un beso furtivo.

Un poeta cantor a la sola presencia
de un verdeiente paisaje, mi alma vuélvese
otra vez y por siempre feliz y tierna...

Una rosa en el desierto,
agua clara en el cenegal (y si no...)
luz de luna en la noche.

«Y si a todo esto no he hallado una porción de FELICIDAD, quinto punto, no importa. Me maldeciré tal vez, sí, pero ello sin dejar de decirme que fui o creí ser feliz en el comienzo, cuando lo emprendí; en el transcurso, cuando lo viví, y en el final que, cuando menos, sacaré a relucir que me he convertido en todo un hombre.

Hubo un lapso de tiempo silencioso. Veía David que había agotado todo lo que tenía que decir. Pensaba que mientras hablaba, en cierto modo vivía lo que decía, pues eran sus características más esenciales las que había dado a luz por todo lo espacioso de la Sala. «Quizá —pensaba el joven— haya hablado demasiado, y no me arrepiento, pero es que, de un modo u otro, tenía que verme y redescubrirme así, y puedo decir que muy bien me he identificado totalmente con todo ello».

Mientras todo esto se desarrollaba en el silencio de David, miraba éste a la fémina que estaba allá, en la otra punta de la mesa, a la oscuridad de la noche y a la luz de la luna, más radiante aún que su grata presencia allí. Y es éste un extraordinario encuentro que jamás olvidarían sendos corazones... Y —quién sabe— quizá se unan por un largo tiempo.

«Hasta aquí señores, quiero llegar. Creo que es suficiente para que lleguéis a la comprensión y al respeto en lo que respecta a mi libre elección sobre mi propio sendero, el porqué y la causa ya los conocéis.

Para terminar, quiero deciros que habéis tenido la oportunidad de conocer más a mí mismo que yo propiamente hace apenas unos días. Gracias por vuestras simpáticas compañías. Au revoir.» — Gloria refa. Era obvio la clara ironía que utilizaba David cada vez que se dirigía a los diversos doctores, que no estaban.

Sonó la campana del reloj de péndulo del Aula de Conferencias. Daban a sus tres sonidos las 3,00 horas de la madrugada.

Gloria se dirigía con aire decidido hasta donde él estaba. Se quedó en su sitio en una postura mezcla de contemplación e interrogación con las manos apoyadas sobre la mesa y todavía de pie. Viendo como aquella joven extraña y atractiva al mismo tiempo se aproximaba cada vez más hacia él, dejó libres su manos por motivo de una ligera intuición. Venía ella sonriéndole cuando, de pronto, se encadenó a su brazo muy afectuosamente, en tanto que le decía:

—Son las tres de la madrugada. Los dos, tú y yo, nos merecemos un cafetito bien caliente y cargado. Así que conozco un sitio fuera de aquí que...

—Sí —le cortó él—, nos lo merecemos de verdad. Acepto... y hasta creo que puedo invitar yo —sacó del bolsillo de su pantalón un billete arrugado, el único billete de 100 ptas. que tenía.

LA PUERTA

AUTOR: JUAN MANUEL ALFAROSA
1.º PREMIO DE LA CATEGORÍA "B"

LA PUERTA

AUTOR: ISABEL BORREGO ALMANSA
1.º PREMIO (EX AEQUO) CATEGORIA «B»

LA PUERTA

AUTOR: ISABEL BORRERO ALMANSÁ
1.º PREMIO (EX AEUO) CATEGORÍA «B»



LA PUERTA

Intentaba comenzar mi libro, pero daba vueltas a la cabeza sin encontrar una frase adecuada para el principio. No había nada y me dolián las sienes y los ojos; la luz iluminaba el papel dejando el resto de la habitación a oscuras, mientras el silencio se apropiaba de todas las estanterías. Decidí poner un disco, quizá saliera algo, tal vez no, quién sabe, sólo cambió una cosa: la música, que galopaba sobre libros, cuadros y objetos suavemente dando un poco de claridad a las paredes aunque no obstante las palabras todavía continuaban atrapadas. No era la primera vez que sucedía. Una copa, necesitaba una copa y tampoco encontraba las ganas necesarias que me hicieran ir por ella... Bueno, quizá haya algo que me apetezca hacer hoy, pero lo desconozco, no puedo escribir y no tengo ganas de levantarme, también la música me aturde y termino quitando el disco; de nuevo la habitación es un mar callado y oscuro en el que las sombras deambulan de una pared a otra cortando el vacío y afilando el miedo que siempre siento de espaldas a la puerta. Pongo la radio... Una voz grave y seria intenta transmitir información, la quito. Ya no hay nada que pueda hacer... Me metí en la cama con la hartura y la decepción auestas, al menos podría cerrar los ojos, sólo los ojos, y dejarme llevar por el sueño hasta mundos perversos de soledad onírica, hasta abismos indescifrables de blanco y negro, hasta el día siguiente en que tal vez algo nuevo hubiera de suceder para calmar la insatisfacción tan grande que no me dejaba comenzar... Desde otra habitación me llegó el ruido del teléfono, sonó varias veces antes de que pudiera contárselo.

—¿Sí?...

Pero nadie emitía respuesta.

—¿Sí?...

Todo inútil, antes de desistir escuché cómo desde el otro lado colga-

Ayuntamiento de Madrid

ban. Algún bromista, quizá un tímido. Decididamente me iba a dormir, la espera me estaba empezando a cansar, mi cabeza a punto de caer al suelo se hinchaba por momentos, fui a mirarme las ojeras al espejo una vez más y vi cómo seguían creciendo y cómo me crecía una cabeza infructuosa para la cual no encontraba soluciones prácticas. De nuevo el teléfono volvió a sonar. Corrí hacia él, pudiera ser que alguien llamara desde una cabina estropeada y repitiera... No sé, pudiera ser un inútil aguafiestas, el anuncio de un insomnio, una pérdida de tiempo, o una despedida, o en el mejor de los casos alguien que me invitaba a una fiesta en la que se brindaba por mí.

—¿Sí?...

Nada, absolutamente nada. Sigo el juego y espero, pero desde la otra parte no me dan signos de vida y ya es madrugada, no quiero colgar, tampoco el desconocido lo desea, eso parece.

—Oiga, sería mejor que dijera algo, al menos podríamos charlar un rato.

...Escucho levemente una respiración aunque no distingo si es de hombre o de mujer, y un escalofrío me recorre el cuerpo y tengo la necesidad de colgar inmediatamente. Cuelgo. Pero el miedo se ha apoderado de mí, por todas partes, en todas las paredes sombras, y tras la puerta de cristal una sombra más grande que me impide salir de la sala... Riiiiinnn, riiiiinnn. El teléfono nuevamente. No voy a cogerlo, esta vez ya no. La casa vacía parece más solitaria cuando suena este aparato de madrugada.

En la mesita del rincón veo una botella de whisky medio vacía; ahora necesito olvidar como sea estas llamadas, sin embargo no creo que pueda conseguirlo mientras el maldito cacharro siga sonando. O me vaya de aquí.

La tranquilidad a esas horas era absoluta; la calle completamente vacía le daba una sensación diferente cuando paseaba solo, y le gustaba caminar perdiéndose entre el laberinto casi absurdo de edificios unidos entre sí hasta llegar a casa. En el barrio la gente se acostaba pronto, parecía una ciudad aparte, una ciudad dentro de otra ciudad que independientemente de ésta llevaba sus sueños tempranos a un mar de soledad y silencio por el que unos pocos, como Carlos, transitaban tarde igual que si estuvieran perdidos en un destello de retraso continuo... Le gustaba llevar las manos en el bolsillos de su abrigo azul marino y subirse el cuello del mismo al tiempo que exhalaba el vaho de la noche; era un ri-

tual automático que le hacía sentirse bien dentro de un posible escalofrío... Y pensar, también era un rito aquello de pensar un poco en todo...

Algunas farolas apagadas daban más aspecto de soledad al recorrido: la calle larga llena de escaparates oscuros y maniqués que miraban mortecinamente el paso de las ratas, hombres vestidos a la última moda sin cabeza, o muñecas de cartón piedra con ojos de verdadero terror, sujetos con hilos de nylon a los llamativos decorados y a los espesos cortinajes. La calle oscura, repleta de portales negros y esquinazos imprevisibles donde de vez en cuando se ocultaba la basura. A Carlos le parecía absurda a veces la noche, casi tanto como el día. ¿Por qué la gente duerme?, ¿por qué permanece despierta?... Mejor seguir andando.

El frío cada vez más intenso se calaba en los huesos como un cruel cuchillo resplandeciente y afilado. Carlos caminaba un poco más rápido para entrar en calor y en esos momentos un coche le adelantó dejando una breve estela de humo sobre el asfalto, lo contempló un segundo porque el automóvil se había parado en la esquina con otra calle y allí se apagaron sus luces pero nadie bajó. Carlos se detuvo mientras una mano le hacía volverse bruscamente... Un hombre con abrigo oscuro le miraba fijamente a los ojos, era un tipo alto, de mediana edad, algo calvo, que le preguntaba la hora secamente. Carlos le respondió equivocándose: eran las tres, no las dos de la madrugada; su corazón latía rápido a causa del sobresalto que aquel hombre le hizo sentir. Sólo le pidió la hora y continuó andando, tras unos pasos se volvió para mirar medio sonriéndose a Carlos que aún no había salido de su estupefacción. Cruzó de acera sin pensarlo y se metió por la primera calle que encontró en su camino, atrás dejaba el misterioso coche de conductor desconocido y el pesado encuentro por la espalda. Sin embargo no pudo sustraerse al sentimiento de intranquilidad que ambas cosas le dejaban, y aunque ya le faltase poco camino hasta llegar a casa apresuró el paso apretando los puños dentro de los bolsillos de su abrigo. Ante él la calle se abría apareciendo una magnífica avenida que más allá, apenas unos pasos, se volvía a estrechar y a oscurecer. Tenía que volver a cruzar: Se paró en el semáforo que permanecía rojo y enseguida reaccionó ante aquella señal en la que incomprensiblemente se había parado sin existir tráfico alguno a aquellas horas. Se rió de su actitud y un poco también del absurdo miedo, de aquel miedo que le nacía en la cabeza abriéndose paso hasta el estómago, pensó en lo ingenuo que era, igual que un chiquillo algo masoquista martirizado por raras ideas...

Le gustaba más la poca iluminación de las callejuelas estrechas que las de aquella avenida ya dejada atrás; iba fijándose en la sombra de su cuerpo que la escasa luz reflejaba en el suelo y las paredes, a veces era una delante y otra detrás. Suponía que él no era ningún vampiro, que te-

nía alma, claro, tenía que tenerla porque poseía una sombra, dos magníficas sombras que le acompañaban hasta casa lentamente, sin demasiadas preocupaciones. Ya no iba tan solo, y se sintió bien; dio una patada a una bolsa de basura y ésta se fue a estrellar contra la rueda de un coche aparcado, no hizo demasiado ruido, sólo como si la hubieran pisado, fue igual que ir pisando hojas de otoño por un parque vacío. La bolsa volvió a sonar dos veces más. El maldito plástico hacía más ruido que una lata. Y dos veces más de nuevo. Quizá rodara. Carlos se sintió como si su propia sombra le adelantara, otras veces le dejaba atrás y otras se le pegaba a la espalda, también volvió a oír la bolsa... Aunque aquel ruido era distinto, no era la bolsa, parecía algo más plano, más compacto, más articulado y mejor acompañado. El ritmo que unas pisadas van dejando al caminar, pero no las suyas; pasos desconocidos tras de él que escuchaba atentamente al tiempo que dejaba de sentirse a sí mismo, como si saliera de su cuerpo para escuchar mejor un posible cuerpo extraño que quizá sólo le seguía. Pensó en el efecto de la bebida, aquella noche regresaba de una pequeña fiesta y su imaginación corría demasiado, se calmaba de esa forma hasta conseguir apenas serenarse, aunque cuando volvía a estirar el cuello volvía a sentir algo anormal que provenía de detrás de él. De nuevo aceleraba el paso, no se atrevía a mirar a su espalda, pero notaba que de vez en cuando incluso corría. Pasó por una pequeña placita de arena recubierta de árboles desnudos y algunos bancos todavía nuevos, los árboles permanecían casi espectrales con las ramas extendidas en todas las direcciones y sus gruesos troncos parecían cobijar viejos misterios igual que pesadas capas negras envolviendo sujetos oscuros iluminados por la blanquecina y pálida luz de la luna entre nubarrones. Tras de aquellos árboles se movía el ligerísimo viento que en toda la noche vagaba por las calles sin sentido y sin rumbo fijo, moviendo bolsas de basura y respirando entrecortadamente a las espaldas de Carlos que ya inútilmente trataba de desprenderse de su miedo. Pasó la plazuela y otra vez volvió a sumergirse en el fondo de la calle y sus portales y sus recovecos como horizonte, como el único horizonte del barrio tranquilo, donde la gente se acostaba temprano. Deseaba llegar a casa, sólo tenía que doblar dos esquinas más allá, unos cuantos metros, bajar una pequeña cuesta repleta de álamos y abrir la puerta del portal. Había dejado de disimular su miedo porque sentía que algo o alguien le alcanzaba... Se volvió bruscamente y no vio nada, su cuerpo cayó lentamente dejando escapar de su mirada un gesto de horror, ningún grito salió por su boca tapada por una mano que al mismo tiempo le sostenía en la caída. Iba dejando un reguero de sangre en la acera el acero que salía despacio de su estómago, el mismo que entró de una manera rápida, casi invisible.

Un coche se puso en marcha perdiéndose en la oscuridad de la

noche y el laberinto de callejuelas mientras el cuerpo sin vida de Carlos encharcaba la acera vacía; sus ojos permanecían abiertos, las hojas caídas en el suelo volaron un poco y todo continuó en silencio. Las tres y media de la madrugada de un barrio silencioso. Su sempiterno abrigo azul marino manchado con la mezcla de la sangre y la tierra, el polvo del suelo y unos cuantos coágulos que la pequeña brisa iba secando en algún botón. Su sombra quedaba junto a él y bajo él, todavía conservaba el alma hasta el amanecer en que las sombras se difuminan y los vecinos a veces encuentran cadáveres posiblemente de otros vecinos.

El teléfono hacía rato que no sonaba, me parecía despertar de un ligero sopor, aunque no sé bien si lo que ocurría es que estaba comenzando a caer en él, todo me resultaba confuso.

Deseaba hablar con alguien. Inútil, sería inútil, a las tres y pico de la noche todos duermen. Carlos se me venía a la memoria... él suele llegar tarde. Marqué su número, esperé convenciéndome de que nadie contestaría, pero no, fue una sorpresa. Contestaron al teléfono:

—Perdona. Necesitaba hablar. Es una suerte que estuvieses aún de pie...

Sí. No tenía muchas ganas de dormir esta noche, me duele un poco la cabeza. ¿Estás sola?

Sí... A mí también me duele la cabeza. No sé qué hacer...

Oye, ¿por qué no vienes a casa? Charlamos un rato y dejamos pasar la noche...

No sé, es tarde...

Bueno, no vives lejos... Coges el coche y en cinco minutos estás aquí.

Cinco minutos. Acepté, y al cabo de algunos segundos salía de casa. Me dirigía hacia el coche embutida en el abrigo como si hiciese todo el frío del mundo; abrí la puerta y miré, como de costumbre, tras los asientos delanteros, volví a reconocer la parte trasera por el retrovisor. Reconocimiento de rutina, igual que mirar bajo las camas o echar una ojeada tras la cortina, o encender primero la luz y después entrar en una habitación. Un hábito ridículo con el que me sentía más capaz de ser fuerte. Arranqué y me puse en marcha hacia la casa de Carlos.

Era la noche más oscura que he visto jamás, no funcionaba la iluminación de algunas calles, comenzaba a sentir cansancio aunque sin embargo también se me agolpaban las ideas en la cabeza. La mente despierta con el frío y la oscuridad, la vista se agudiza, las manos se hielan y los sentidos permanecen alerta. Me he parado en un semáforo, lo cierto es que estoy pensando que soy imbécil, no comprendo mi actitud: A estas horas nadie va a pasar por aquí, ni siquiera las ánimas noctámbulas que puedan existir. No sé, ha sido también el hábito de hacerlo de día. Vuelvo a ponerme en marcha... ¡Freno! ¿Qué pasa?... Un hombre se me ha puesto delante, pero no le ví antes, no le he visto cruzar y desconozco de dónde venía, si por la izquierda o la derecha, lo cierto es que se ha apoyado en el capó del coche... Y salgo... Pero el hombre se va. Acelera el paso y no me da tiempo a preguntarle qué ha ocurrido. Es un tipo alto, de mediana edad con un abrigo negro. Se ha metido por otra calle y ha desaparecido. Ya dentro del coche otra vez apoyo la cabeza en el volante y respiro un poco sobresaltada, abro la ventanilla, pero el aire entra helado. Quizá era un vagabundo de estos que no duermen nunca... Bueno, estoy cerca de la casa de un amigo, también de la mía y no sé si voy o vengo; necesito una copa, en el cuerpo tengo frío y en la cabeza muchas ideas extrañas que no hacen más que afluir por todas partes, además me duele un poco el estómago; no, no es dolor, es opresión, como si el susto me hubiese contraído los músculos. Pienso en monstruos y cosas de esas, no me impresionan demasiado, por eso fijo mi atención más en las sombras de la calle, las que reflejan las luces nocturnas que en las leyendas y ficciones que me hayan entretenido en alguna tarde solitaria. Sin embargo, en esta ciudad no hay monstruos, sólo hombres desperdigados que sin ser vistos pueden morir un día atropellados por el frío, el nerviosismo, o mi propio desamparo dentro de este coche al que se le están empañando los cristales, si abro la ventana me congelaré, pero si enciendo la calefacción es posible que me duerma y jamás llegue a donde me he propuesto. Acelero, me apetece correr, voy a ciento veinte por una calle estrecha y alargada, he pasado la esquina sin parar y sin mirar, continuó como si tal cosa en mi loca carrera, y al cabo de cinco minutos llego a casa. Es un barrio bastante oscuro con calles que se entrecruzan sin orden alguno. Al salir del automóvil siento una bofetada de viento congelado en la cara y un plástico que se me ha pegado en la pierna, lo empujo, pero el aire lo vuelve a pegar, y ahora tengo una nueva sensación: este viento frío me excita, es como si la música que más me gusta me penetrara en el cuerpo transportando en su ritmo de gozo y nada más que eso. El placer por el placer. No obstante...

Voy caminando lentamente hasta la puerta del portal de la casa, todo el mundo duerme y aún así parece que alguien observa. La calle, sin em-

bargo, está completamente vacía, pero vuelvo a mirar convencida de que alguien mira, o se oculta en algún sitio, tras una puerta o tras un hueco de penumbra que no acierto a ver. Creo que mi imaginación está subiendo de tono por el loco del teléfono que consiguió asustarme de verdad...

...Llego por fin a la puerta, pulso el botón del portero y espero... Carlos se hace de rogar... Los papeles vuelan, corren por el suelo empujados por el aire que poco a poco se va calmando. Pero acabo de ver algo, no distingo muy bien, me ha parecido una figura humana, ahora ya no puedo saber si es cierto, no sé dónde está. Vuelvo a llamar... Me estoy helando... Ya está. Alguien se acerca, es un hombre, un hombre no muy alto con un abrigo oscuro que lleva el cuello subido y las manos metidas en los bolsillos, camina despacio hacia aquí. Mis nervios crecen. Mi miedo en el estómago... A estas horas me parece raro todo. Y Carlos no abre... Aunque me parece que... es él. ¡Qué descanso!, es toda una sorpresa, ha salido a buscarme, quizá vio el coche aparcado. No me vería llegar.

—Carlos, menos mal que estás aquí...

Pero no contestaba, se acercaba mirándome fríamente y tuve miedo de nuevo, desconfiaba de él, cuando estuvo casi junto a mí sacó sus manos de los bolsillos y las apoyó contra la puerta del portal dejándome en medio.

—Hola... ¿Qué haces aquí a estas horas? —me preguntó secamente, me quedé un poco confusa. No entendía por qué me preguntaba aquello.

—...Porque te dije que vendría cuando llamé por teléfono...

—No es posible. Yo llego ahora.

Seguramente me quería gastar una broma, aunque que yo recuerde Carlos no es bromista.

Pues te juro que no comprendo, hace un cuarto de hora he hablado contigo, te dolía la cabeza y no tenías ganas de dormir, me invitaste a venir.

Sin dejar de mirarme se sonrió levemente y me acarició las mejillas:

—¿Estás bromeando, verdad?

—...No...

Sacó la llave y abrió la puerta, me dejó pasar primero.



¿Qué ocurre, por qué no entras?

—Creo que no debí venir. —Y con un movimiento brusco de su mano me agarró del brazo; de sus ojos no salía expresión alguna, sólo miraba, miraba, miraba como un muerto con los ojos abiertos, y desapareció... Desapareció de mi vista igual que un fantasma. La puerta estaba cerrada y yo me apoyaba en ella sin comprender nada, un papel vino ahora a pegarse en mi pierna y también se lo llevó el viento a otra parte...

¡Sube!

Y la puerta se abrió. Desde arriba, Carlos, por fin, se decidía. Me hizo pasar un mal rato... Con la música nunca oye nada; de todas formas la cabeza me daba vueltas...

...Siento frío, entro y la puerta tras de mí se cierra despacio, pero me vuelvo sobresaltada: el pestillo se mueve hacia los lados y reflejada en el cristal opaco veo moverse ligeramente una sombra, subo rápidamente las escaleras. Vivo en el segundo. Saco las llaves del bolsillo del abrigo, alguien me debe de haber seguido y quizá lo ha visto todo, es igual, ya está hecho, mañana se enterarán, lo siento por Carlos, era un buen chico, algo noctámbulo... no le daba miedo nada, y esa seguridad con la que caminaba por la calle de madrugada... Sin embargo, todas las sombras son peligrosas, debería haberlo sabido. Por fin estoy en casa de nuevo.

Creo que ahora podré escribir un poco, tengo ideas en la cabeza, este corto paseo me ha hecho sentir nuevas cosas. Fue una casualidad que desde el coche viera a mi amigo, nunca podré agradecersele. No siento pena por él, tenía una bonita postura ahí tumbado en la acera cubierto de sangre... Lo que no sé es quién llamaría por teléfono... Algún estúpido maniaco con problemas de personalidad...

La noche está tranquila. Todos duermen ahí abajo. Es curioso. Ahora descansan como muertos y mañana tendrán sorpresa. Seguramente se asombren... O se pregunten el porqué.

En fin, voy a escribir. Creo que ya sé cómo empezar:

«Se tomó la última copa en un café que se caía de viejo. Después regresaría a casa tranquilamente pensando en algo que le gustaría realizar...

ma-
nira-
are-
caba
vino
otra

nizo
as la

me
en el
ente
igo,
, ya
chi-
n la
las
a de

es-
que
ento
erto
úpi-

ho-
ente

s re-
caría

¿Qué ocurre, por qué no amas?

— Creo que no debí venir. — Y con un movimiento brusco de su mano me agarró del brazo; de sus ojos se escapó expresión alguna, sólo miraba, miraba, miraba como un muerto con los ojos abiertos, y desapareció... Desapareció de mi vista igual que un fantasma. La puerta estaba cerrada y yo me apoyaba en ella sin comprender nada, un papel vino ahora a pegarse en mi pierna y también se lo llevó el viento a otra parte...

¡Babel!

Y la puerta se abrió. Desde arriba, Carlos, por fin, se decide. Me hizo pasar un mal rato... Con la misma puerta oye nada, de todas formas la cabera me daba ganas...

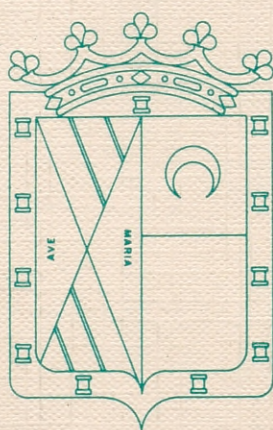
Después de estar y la puerta tras de mí se cierra despacio, pero me voy viendo reflejada en el perfil de mi cuerpo hacia los lados y reflejada en el cristal como una especie de fantasma una sombra, subo rápidamente las escaleras. Viro en el segundo. Saco las llaves del bolsillo del abrigo. Apuro la llave del primer piso y quise lo he visto todo, es igual, ya está hecho, me voy en silencio al ático por Carlos, era un buen chico, me había gustado... no le daba miedo nada, y así seguridad con la que me iba... le daba de miedo nada... Sin embargo, todas las cosas que me había visto, debían serlo sabido. Por fin estoy en casa de nuevo.

Creo que ahora voy a esperar un poco, tengo ideas en la cabeza, en la cabeza voy a ir a hacer unas cosas. Fue una casualidad que todo se centre aquí a mi altura, nunca podré agradecerles. No siento nada por él, sólo una bonita persona sin simpatía en la obra cubriendo la sangre... Un día de él en qué le hablo por teléfono... Algun amigo de mi edad con problemas de personalidad...

El día de esta mañana. Todas nuestras almas abajo. Es curioso. Ahora me voy a hacer unas cosas y me voy a hacer unas cosas. Seguramente de eso mismo... Se preguntan al cuerpo.

En fin, voy a esperar. Creo que ya sé cómo actuar.

El día de esta mañana en un día que se caía de vino. Después me voy a hacer unas cosas pensando en algo que le gustaba...



EDITADO POR LA DELEGACION DE CULTURA
AYUNTAMIENTO DE COLMENAR VIEJO

Ayuntamiento de Madrid